

# Grifo

#41

## ***Sin salida***

**Hay vida allá afuera**  
*Alejandra Costamagna*

**Las situaciones del hastío**  
*Paula Ilabaca Núñez*

**Imposible salir del castillo**  
*Sebastián Duarte Rojas*

**¿Debemos salir? Dos fragmentos de Franz Kafka**  
*Diego Fernández H.*

**Entrevista a Rodrigo Mallea**

#### Directora

Paloma Domínguez Jeria

#### Comité Editorial

Susana Aliaga - Musaraña Anónima  
Sebastián Duarte Rojas - Isidora Fuentes  
Tamara Maldonado - Paola Uribe Ulloa  
Camila Vásquez Valdés

#### Podcast La gotera

Matías Carvajal - Tomás Gómez  
Sebastián Huidobro - Maximiliano  
Matus de la Parra - José Reidenvach  
Carlos Saravia - Sergio Umaña

#### Comité Diseño

Paulina Araya - Vicente Campos  
Fernanda Cifuentes - Anays Vera  
María José Verdugo

#### Comité Difusión

Diego Canales - Francisca Castro  
Esperanza Fuentes - Amaya Marroquin  
Mathias Molina - Javiera Müller  
Cristóbal Muñoz - Fernanda Olivares  
Antonia del Mar Riquelme - Yulisa Sáez  
Antonia Soto Castro - Antonia Vásquez

#### Comité Producción

Melanie Aguirre - Patricio Camus  
Lissette Inaipil - Santiago Lorca  
Celinda Tapia Solar

#### Diseño

Dominique Lobos Araos

#### Ilustraciones

Isidora Robledo Araya

#### Fotografía

@gabimarmolejo

## Índice

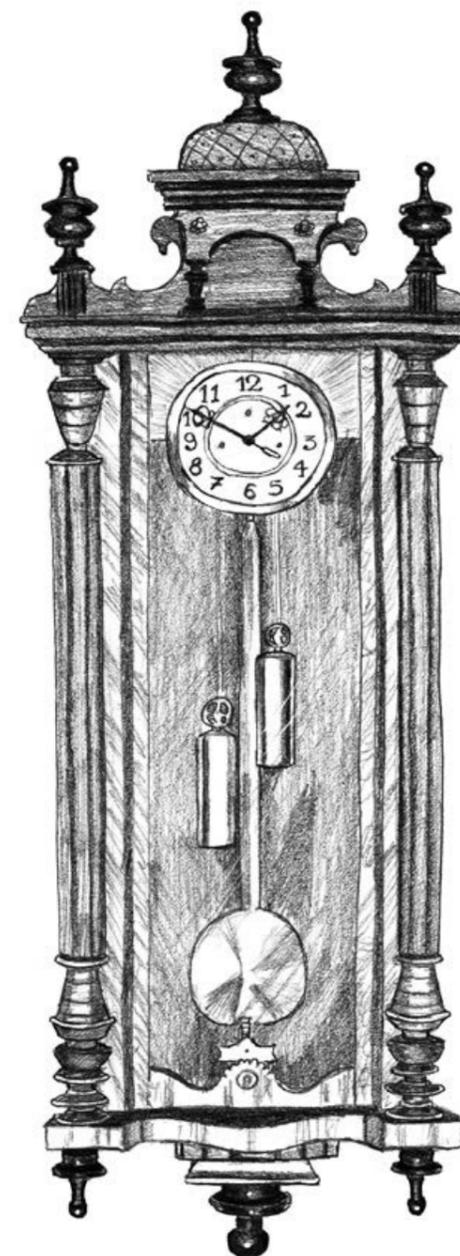
- 5** ¿Debemos salir? Dos fragmentos de Franz Kafka | *Diego Fernández H.*
- 8** Entrevista a **Rodrigo Mallea** | *Susana Aliaga y Camila Vásquez*
- 11** **Míralo con mis ojos** | *María José Verdugo*
- 14** **Umbrales** | *Clau Miranda*
- 16** **La casa de nadie** | *Tamara Maldonado*
- 18** **Dos poemas en las murallas de Nadie** | *Antay Cormorán*
- 20** **Imposible salir del castillo** | *Sebastián Duarte Rojas*
- 23** **Sign Language** | *Antonia del Mar Riquelme*
- 25** **Hay vida allá afuera** | *Alejandra Costamagna*
- 29** **El reloj** | *Celinda Tapia Solar*
- 33** **Las situaciones del hastío** | *Paula Ilabaca Núñez*
- 36** **Traducción: Emily Elizabeth Dickinson** | *Susana Aliaga*
- 37** **Crítica literaria: Doris, vida mía** | *Susana Aliaga*
- 38** **Feliz** | *Vicente Campos*

#### Julio 2021

Santiago de Chile

Escuela de Literatura Creativa, Facultad de Comunicación y Letras,  
Universidad Diego Portales.

Esta publicación es producto del trabajo realizado en el curso de Taller de Revistas, a cargo de la profesora de cátedra Paloma Domínguez Jeria.



## Editorial

Estamos atrapados en el tiempo y en el espacio. Convivimos en exceso con las mismas personas y parecemos en una rutina asfixiante. Asimismo, los espacios y los objetos con que habitamos se han resignificado. En medio de esta incertidumbre, hemos podido ver que el lugar que debiera protegernos no siempre lo hace, porque toda casa es distinta. Una medida como encerrarnos a todos en ella es simplista, porque ignora que hay personas en situaciones adversas -violencias, enfermedades, pobreza, entre otras- que pueden empeorar en este escenario.

En medio del encierro, decidimos escribir cartas, ensayos, cuentos, poemas y crónicas, porque nos invadieron las preguntas: ¿qué significa no tener salida?, ¿es esta la primera vez que nos encontramos así?, ¿qué relación tiene el encierro con la literatura?, ¿encontrar la salida significa volver a la normalidad?, ¿realmente queremos eso? Titulamos este número *Sin salida* para reflexionar en torno a estas inquietudes desde una diversidad de voces y así buscar entre todos, quizás, una escapatoria.

[www.revistagrifo.udp.cl](http://www.revistagrifo.udp.cl)



Diego Fernández H.

# ¿Debemos salir?

## Dos fragmentos de Franz Kafka

**Ensayo filosófico sobre la posibilidad de salir en la obra de Kafka, de la que el autor traduce aquí algunos fragmentos fundamentales, en un cruce con la lectura planteada por Walter Benjamin.**

Dos anotaciones de Kafka redactadas aproximadamente en la misma época (1918-1921) tocan un mismo problema, pero de manera exactamente opuesta. No es cualquier problema, además, sino uno crucial para toda su obra. Por de pronto, digamos que se trata de la posibilidad de una “salida” y, por añadidura —por el contexto en el que se redactan—, de la cuestión de la salvación y la de la libertad. Todo un tema en Kafka; uno y múltiple a la vez. Ambas anotaciones forman parte, y son a su vez ejemplares, del giro “poetológico” que toma su obra aproximadamente desde 1917 (un año crucial). Al decir de Corngold y Greenberg, se trata del abandono de las *dream stories* en favor de las *thought stories*. La primera de las anotaciones cierra los llamados *Aforismos de Zürau*, y se trata en lo sustantivo de una invitación a permanecer, a no-salir, esto es, a *restar*, en todo el sentido de la palabra, incluido el que resuena en inglés (*to rest*): descansa, deja de trabajar, abandona la lucha, quédate:

No es necesario que salgas de casa. Quédate en tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, solo espera. Ni siquiera esperes, quédate completamente solo y en silencio. El mundo se te ofrecerá desenmascarado, no puede evitarlo, extasiado se contoneará ante ti. (KA 140)

El otro, presumiblemente de 1920 o 1921, parece señalar lo contrario: no importa dónde, pero sí cuándo (y el cuándo es el *ahora* —expresión probable de la fascinación de Kafka por esos años con *El instante* de Kierkegaard, el gran pensador de la libertad—): ahora es (el) tiempo de salir. La parábola tiene expresamente el sentido de una urgencia. No es casual, quizá, que este fragmento, originalmente anotado por Kafka en un cuaderno de data confusa, fuera incluido por Max Brod en *Descripción de una lucha* con el título (de Brod) “La partida” (*Der Aufbruch*):

Ordené traer mi caballo desde el establo. [Pero] mi criado no me entendió. Fui yo mismo al establo, ensillé mi caballo y lo monté. A lo lejos escuché sonar una trompeta, le pregunté a mi criado por su significado. No sabía nada, no había escuchado nada. Al llegar al portón me detuvo y espetó: “¿Adónde se dirige el señor?”. “No lo sé”, dije, “solo fuera de aquí, solo fuera de aquí [*nur weg von hier, nur weg von hier*]. Siempre y decididamente fuera de aquí [*Immerfort weg von hier*], solo de ese modo puedo alcanzar mi destino”. “¿Conoces entonces tu destino?”, preguntó. “Claro”, respondí, “ya te lo he dicho: fuera-de-aquí [*Weg-von-hier*], ese es mi destino”. “No llevas contigo provisión alguna”, dijo él. “No lo necesito”, dije, “el viaje es tan largo que moriría de hambre si no consiguiese algo por el camino. Ninguna provisión puede salvarme. Se trata, por suerte, de un viaje verdaderamente descomunal [*Ungeheure*]”. (KA 376-5)

## LA POLLERA

*Surcos del territorio* es una colección de crónicas literarias que narran la experiencia de crecer en algún pueblo o ciudad de la provincia.

Cada libro es una exploración por los intersticios de la infancia y, al mismo tiempo, una radiografía sentimental, histórica y política de los lugares respectivos, lejana a los edulcorados constructos turísticos o gubernamentales.



### En el pueblo hay una casa pequeña y oscura

de Vladimir Rivera Órdenes

«No hubo nadie en ese tiempo que le dijera a él que eso no era cierto. Que ni su padre era terrorista ni que en su sangre estaba el mal. Por esas extrañas razones que tiene la conciencia, encontró que su padre era culpable, culpable de un delito imperdonable: abandonar a sus hijos. Dejarlos a la intemperie de la selva en un pueblo perdido, pobres, ateridos, con los lobos devorando los sueños, los anhelos. A veces soñaba con ser fuerte, salir al recreo y enfrentarlos. Decirle en sus caras: “Mi padre fue un héroe”».



### La pajarera

de Eduardo Plaza Ávila

«Es mayo y no he vuelto a Coquimbo. Hay una barrera sanitaria que lo impide. Para cruzarla debes demostrar que no estás contagiado y justificar el viaje con una razón importante, sensata. Mostrar papeles. No vale decir tímidamente que extrañas a Nora. Que te has equivocado mucho y que quieres ir a dormir a la pajarera. Y que ya descubriste hasta dónde llegan esos rieles: a ninguna parte».

Ahora. El tiempo de la trompeta, el tiempo de la llamada, de la convocatoria y, por tanto, de la decisión. El “instante”, en una palabra (Kierkegaard). A la vez: tiempo de la separación, de apartarse (*aufbrechen*). No se trata de un viaje que promueva un movimiento desde A hacia B (incluso si no supiéramos dónde está B y hubiera que invertir la vida en dar con su paradero), sino de un viaje que consiste únicamente en el abandono de la primera posición, que en realidad es el abandono de toda posición, y de toda posesión (ni siquiera vale la pena abastecerse, pues ninguna provisión será suficiente). Esta singular condición es la que le otorga al viaje su carácter “monstruoso”, “colosal”, fuera de toda medida: *Ungeheure* (“por suerte”, agrega Kafka). El destino, en fin, no el punto de llegada, sino el hecho mismo de partir; la posibilidad (el poder, la capacidad) de salir. El desquicio. Aunque se trata de un viaje, lo que en este se define no es un desplazamiento entre dos puntos del espacio, sino el tiempo de un imperativo pre o a-jurídico dirigido a ti, que eres un señor (Nietzsche): la trompeta es inaudita para los sirvientes. Estos, en cambio, permanecen; son los habitantes gobernados por la ley de un lugar que por regla general en Kafka es un pueblo pequeño (como el de *El castillo*, que uno podría ver reproducido con características análogas en *Dogville* de Lars von Trier). Desde que se escucha el llamado de la trompeta, el convocado se convierte en el que —según reza el quinto de los *Aforismos*— ha alcanzado “el punto de no retorno”, que es “siempre y decididamente fuera de aquí”. *Weg-von-hier*.

Por el contrario, decíamos, el aforismo anterior tiene los visos de una invitación a deponer la lucha. El término “lucha”, como ya insinuábamos,

tiene una eficacia lematológica en la obra de Kafka. Recordemos, por ejemplo, el título inequívoco con que este reunió varios ejercicios de escritura en su época de juventud: *Descripción de una lucha*. Pero ¿es posible salir, conquistar un ápice de “libertad”, emprender “el camino hacia la salvación” (para retomar la formulación célebremente problemática de Max Brod) sin luchar? ¿Puede deducirse de ese aforismo que luchar en realidad no vale la pena? Después de todo, como se señala en otro aforismo (el 7): “una de las tentaciones más eficaces de lo diabólico [del mal] consiste en la exhortación a la lucha” (KA 114). Nada, sin embargo, parece más alejado. Deponer la lucha no implica “dejarse ser” o “dejarse estar”, según reza la expresión criolla, porque una vida abandonada a sí misma es rápidamente consumida por el peso del mundo (la ley, la culpa). “Dejarse estar” se parece antes bien a la “lasitud” (*Lässigkeit*) que Kafka identifica como el segundo de los pecados capitales, al lado de la “impaciencia” (*Ungeduld*) (el que no deja de ser una especie de antídoto precipitado e irreflexivo —más grave— para la lasitud). Entonces, digamos desde ya: ni lasitud ni impaciencia, pero tampoco —al menos no simplemente— la lucha.

¿Qué hacer? ¿Cómo salir? ¿Es posible —necesario, acaso— no-salir para poder salir?

En su célebre ensayo sobre Kafka de 1934, Benjamin creyó que la clave para este problema se encontraba en la categoría del estudio. El texto escogido para encarar este problema fue *El nuevo abogado*, cuyo personaje principal, Bucéfalo, es un caballo que, como suele ser común en Kafka, ha abandonado su vida anterior —el campo de batalla junto a Alejandro

Magno— para dedicarse al estudio de una ley que solo se lee y que ya no se aplica. No es casual que Benjamin haya elegido este texto para su inferencia, que encuentra espontánea afinidad con un temprano texto suyo denominado “La vida de los estudiantes” (1915).

Hay, sin embargo, otro texto de Kafka (apenas una línea) que permite precisar esta intuición. La anotación dice: “El que busca no encuentra, el que no busca es encontrado” (KA II 63). El que busca, desde luego, es el estudiante y, también —aunque habría distinciones importantes que hacer—, el que investiga (otro tema importante en

***Pero se estudia y se investiga, no para encontrar (pues acá el que busca nunca encuentra), sino acaso para no ser encontrado: para no ser capturado, fijado, identificado, conocido y, en último término, por tanto, para no ser gobernado***

Kafka, si pensamos en las célebres “Investigaciones de un perro”). Pero se estudia y se investiga —esto es clave—, no para encontrar (pues acá el que busca nunca encuentra), sino acaso para no ser encontrado: para no ser capturado, fijado, identificado, conocido y, en último término, por tanto, para no ser gobernado (Foucault). En “La partida” el viaje no se realiza para llegar a algún lugar, sino solo para salir; del mismo modo, el estudio es el antídoto improbable para una lucha que se libra por otros medios: los de la escritura, los del estudio, los de la literatura. Y es por esto, quizá, que no hay una literatura más política que la de Kafka.

## Entrevista a

# Rodrigo Mallea

**Rodrigo Mallea es abogado, investigador y activista por los DDHH especializado en los derechos y protección de las disidencias sexuales y de género. En esta entrevista hablamos del quehacer político durante la cuarentena y del cambio cultural necesario para erradicar la discriminación de género.**

**En primer lugar, ¿cómo estás? ¿Cómo te ha tocado la cuarentena?**

Estoy bien. La cuarentena ha sido un ir y venir. Hay días en que despierto con muchas cosas que hacer. Igual enfrentarme a las mismas paredes de siempre genera frustración, pero creo que hay que buscar maneras de seguir en pie. La campaña definitivamente me ha mantenido siempre con cosas que hacer, pero hay que seguir adelante y armarse de una red de apoyo.

**¿Qué pasatiempos te han mantenido ocupado? ¿Caíste en la moda de hacer pan en tu casa?**

Esa es una de mis frustraciones: el no haber aprendido a hacer pan. Tódes van a saber hacer pan, menos yo, pero espero que haya una máquina que me lo solucione (*risas*). En las primeras cuarentenas salía con todas las precauciones. Partí optimista y hacía ejercicio, me gustaba hacer rutinas de YouTube. Tenía ese impulso, pero lo perdí poco después, cuando me acostumbré a la tele-vida. Ahí fue cuando aprendí que estar en tantas videollamadas cansa. Por eso ahora lo que hago es regalinear con mi gato en las mañanas y, si estoy muy estresado, cierro mi pieza, pongo música y bailo. Es mi único secreto antiestrés.

**A partir del encierro, las relaciones con los objetos y los espacios domésticos se reconfiguraron: la oficina también es la pieza, el living-comedor y el escritorio. ¿Cómo ha cambiado la dinámica doméstica en tu casa?**

Antes, tu casa tenía una privacidad íntima mucho mayor, más que familiar, íntima. Ahora tu casa es el único espacio que puedes transitar. Siempre que puedo, trato de evitar mi pieza. Por ejemplo, si tengo una reunión en que puedo tener la cámara apagada, salgo de mi pieza para tener un respiro. También creo que se han generado espacios en los cuales se comparte de otra forma con la familia: el almuerzo en conjunto, prepararlo o la distribución de las tareas. Siempre se van reconfigurando los espacios.

**Respecto a la campaña, ¿cómo ha sido hacerla desde tu casa?**

En la casa intentamos tener una modalidad de trabajo lo más cercana posible a la realidad. La idea es trabajar durante las reuniones para que la campaña avance de forma telemática, pero a la vez rápida, porque hacer la parte reflexiva es más fácil cuando estamos encerrados; si no, estaríamos siempre en la calle, lo que mermaría la planificación.

Creo, también, que realizar la campaña desde las redes sociales provoca una sobreexposición de tu vida personal. Incluso mi pasado está en tela de juicio, a pesar de que cuando iba al colegio no era la misma persona que soy ahora, ahí ni siquiera podía descubrirme y proyectarme de la forma en que hoy me descubro como disidencia.

Nosotros hacemos *lives* constantemente. He llegado a tener cinco en un mismo día, lo que es dañino. Aunque sea difícil, intento no robotizar las interacciones digitales y que cada una sea significativa.

**¿Crees que la situación de los derechos de las disidencias ha cambiado en este contexto?**

Las organizaciones LGBT durante la pandemia han generado redes de apoyo. Tenemos la ley antidiscriminación y nos apoyamos en acciones de denuncia colectiva, solidaria, etc. Hemos logrado eso, pero no basta para

decir que la sociedad ha cambiado: debe ocurrir un cambio cultural para que las personas LGBT vivamos tranquilas y en igualdad. Ese cambio es un largo proceso de movilización social e institucional de reestructuración de una constitución política que, a fin de cuentas, inspira y orienta nuestras acciones.

Tenemos que posicionarnos en el problema para llegar a las soluciones y no quedarnos en el panfleto para conseguir más votos. Hay gente que esconde sus posturas y yo lo he visto en los debates con la derecha: dicen que van a hablar de estos temas, pero no lo hacen y al final los van a rechazar, como ya lo han hecho antes. Así impiden el cambio cultural. Por ejemplo, hoy fui a una feria en Cerro Navia y estaban predicando. Cuando nos vieron, fueron a darnos el pésame, el perdón y nos rezaron un padre nuestro. No hay que pensar que la constitución va a cambiar nuestro país de un día para otro.

Como te contamos, la *Grifo #41* se llama *Sin salida* y el tema es estar atrapados, tanto en el espacio físico, como en una especie de encierro mental. ¿Has encontrado un escape a esta situación de encierro? Para ti, ¿cuál es la salida?

***Si una pregunta puede incomodar a alguien, esa respuesta todavía es necesaria***

Mi salida ha sido mantener el contacto con mis amistades. Vemos alguna serie, aunque sea por Zoom, y la comentamos. Sabemos que ha fallecido mucha gente por la pandemia y vivir el luto en conjunto ha sido una forma de escape. Esos momentos son mi manera de seguir sintiéndome persona y conectarme con la realidad.



Pero también es fácil ahogarse en la incertidumbre y calcular cuánto queda de esto o pensar en si subieron las cifras de muerte o contagiadas. Yo no puedo ver diariamente el reporte del Ministerio de Salud y no por querer estar desinformado, sino que tengo que dosificar las malas noticias para sobrellevar la pandemia.

### Si pudieras dar algún mensaje a nuestros lectores, ¿cuál sería?

Me voy a enfocar en el tema de la discriminación hacia la población LGBT. El problema con el odio en la sociedad es que hay gente que se desentiende, y nadie puede hacerlo. Nos oprimen y no se toman acciones para revertirlo.

Mi mensaje es que tomen acciones. Infórmense, lean y hagan preguntas. Como sociedad, hacemos poco ese ejercicio. Se piensa, por ejemplo: "Qué pasaría si le pregunto esto al Rodri, que es cola, puede que se enoje". Puede que haya gente que se lo tome de forma muy sensible por sus historias, pero llega un momento en que uno se da cuenta de que, si una pregunta puede incomodar a alguien, esa respuesta todavía es necesaria. Hoy se puede buscar en internet, se puede preguntar en círculos de confianza o acercarse con una introducción como "oye, quizá la cague, pero ¿te puedo hacer una pregunta sobre género?". Eso demuestra una disposición diferente a que si alguien pregunta de la nada por mis genitales.

Es distinto preguntar buscando realmente una respuesta. No es solamente "¿y tú por qué crees que está bien lo que haces?". Esa pregunta no espera una respuesta, es una retórica muy ofensiva. Debemos hacernos cargo como sociedad y preguntarnos. Tomemos la responsabilidad por las relaciones de violencia en las cuales vivimos consciente e inconscientemente, directa o indirectamente. No tengamos miedo a reconocernos imperfectos y a incomodar con estas preguntas. Creo que, si lo hiciéramos, nuestra sociedad podría ser muy distinta.



María José Verdugo Palma

# Míralo con mis ojos

## Carta testimonial de una joven perteneciente al trastorno del espectro autista.

Querido lector:

¿Me estás leyendo por voluntad? Si no es así, te sugiero que no sigas, porque no hay nada peor que hacer las cosas a la mala.

No sé por dónde empezar. Tal vez escribo esto porque ya no tengo nada más que hacer en mi habitación. No soporto el cautiverio que estoy viviendo. Me gustaría explorar el otro lado del mundo o de la calle, o hacer algo tan simple como ir a tomar chela al bar donde siempre iba con mi osito (¿tan empalagosa me ha dejado el encierro?).

Puedo escribirte un poco más si lo deseas. Así esta carta quedaría como registro de cómo se vive en esta época, un testimonio banal para la siguiente generación que quiera saber lo que fue vivir bajo siete llaves.

Toda esta pandemia se me olvida cuando cierro los ojos y duermo. Sueño con el estrés presencial de la U, con las idas a comer chatarra con amigas y con los planes ya tan lejanos de ir al Sur a respirar la fresca brisa verde. Pero despierto y me estalla la realidad en la cara. Vuelvo a la ansiedad, a mordirme las uñas, a tirarme el cabello. Creo firmemente que a veces preferiría ser un felino perezoso.

Desprecio el encierro, aunque muchos no me crean, porque ellos me caracterizan por lo que denominan como un trastorno. ¿Acaso ver el mundo de otra forma es una condición mental insana? ¿Ser autista es un pecado? ¿Soy una bruja que debe caer en la hoguera?

Muchos no lo entienden. Prefieren quedarse con la fachada de las redes sociales y su comedia visual. Puede ser por eso que no sé si quiero volver a lo que fuimos. Siento que todavía no hemos aprendido nada.

La mayoría dirá que estoy a gusto con la situación por esa banalidad llamada "actitud asocial", otro mal chiste que ofende a aquellos encasillados en la diferencia de cómo ver y hacer. Escucho de todo. Es como una maldición, aun siendo consciente de la falsedad de esas afirmaciones, duele sentir la incomprensión ajena: "Bueno, de todos modos sociabilizar no es lo tuyo", "¿No que te gustaba quedarte en casa?".

Encerrarse no es divertido. Incluso para el individuo que se abstiene de convivir con otras voces y caras, este es un estado de pesadilla. Sí, a veces deseamos la soledad, pero no ser forzados a ella. Queremos darnos nuestro espacio. Es lo que todos buscan de vez en cuando, sean o no como nosotros.

¿Acaso no podemos extrañar el exterior o el caminar hacia ninguna parte y distraerse? Incluso esas pequeñas de la vida pasan a ser un valioso tesoro cuando ya no están a nuestro alcance. Quiero recordar que el mundo no son las cuatro paredes de una habitación decorada con sencillos estampados de ficción y sin más compañía que un librero repleto de novelas, poemas y escritos personales.

¿Cómo era salir y vivir en tranquilidad con uno mismo, sin el miedo a la enfermedad o a la muerte? Podría darle vueltas a eso mientras espero a la siguiente semana poder volver a salir y realizar el quehacer que hoy se restringe, como si fuera un delito ir al supermercado. Si extraño incluso ese fastidio de estar horas vagando entre los pasillos de alimentos, buscando condimentos y debatiendo sobre si llevar arroz blanco o integral, significa que no estoy nada bien.

**Así esta carta quedaría como registro  
de cómo se vive en esta época, un  
testimonio banal para la siguiente  
generación que quiera saber lo  
que fue vivir bajo siete llaves**

Pero qué podía esperar, si estoy desestabilizada de pies a cabeza. A veces ni yo reconozco mi cara en el espejo; siento que estoy viendo a alguien distinto, menos joven, más cansada y deprimida. Tengo ojeras y el cabello desordenado por tanto insomnio medido en páginas de ficción, hojas sueltas de croquera en las cuales dibujo lo que me está asfixiando y cientos de canciones de mis *playlists* con un poco de todo.

Lo *normal* se me fue al suelo y no dudo que a todos les pasó lo mismo, pero no sé cómo explicar que, tal vez, para mí esto es aún más intenso. Mi percepción del mundo siempre ha oscilado ante las transformaciones sociales, sin importar si hablamos de una pandemia o una revuelta ciudadana. Es una torre de Jenga que se cae con la primera pieza arrancada y que tarda en reconstruirse... solo para volver a derrumbarse.

Ni yo misma entiendo mis comparaciones raras. Ser autista a veces es no entenderte a ti misma o desearte tanto que terminas frustrada.

“¿Y si lo explicas con palabras más simples?”,  
“Creo que solo estás exagerando. Ya esto se va a terminar pronto”. Eso me dijeron hace más de un año y yo me lo tragué. Si vuelven a repetirme esa falacia, no respondo por mis acciones.

Ahora debo conformarme con dar la vuelta a la manzana para no sufrir un ataque de ansiedad en medio de una clase o aguantar un poco más, para luego encerrarme en el baño y mojarme la cara porque terminé sollozando en medio del discurso del docente.

¿Sabías que existe un permiso para los autistas? Al menos eso indica que por fin reconocen que somos parte de la sociedad. En el peor momento posible, pero lo hacen. Nos autorizan a salir con todo el papeleo en el bolso o la cartera para evidenciar que no estamos mintiendo, pero ¿quién querría fingir tener esta condición?

Tal vez mi palabrerío termine olvidado en unas hojas manchadas de tinta y vejez amarillenta, pero al menos me quedo con la calma de mi desahogo, de tu lectura y mi testimonio como mujer, como parte de esta sociedad desequilibrada con la empatía, como persona... como individuo perteneciente al espectro autista. Al TEA ¿o tal vez es mejor decir condición en vez de trastorno? No lo sé. Lo dejo en tu criterio, por si llegas a leer esto y logras comprenderme, aunque sea un poquito.

Podría agradecerte más, pero no nos conocemos y tal vez nunca nos miremos a los ojos. ¿Cómo es tu mirada frente a la pandemia? Sería interesante descubrirlo. Te dejo la invitación hecha. Tal vez sea divertido, no podría saberlo: no soy tú y tú no eres yo.



**Umbrales – Clau Miranda** @art\_is\_language

Técnica: frotado y achurado con carbón sobre papel de 120 gramos.



Tamara Maldonado

# La casa de nadie

**Reflexión, desde la casa de nadie, sobre el avanzar en la vida cuando el resto del mundo está en pausa.**

Me acostumbré a callar. Es lo que toca cuando sos demasiado distinta para encajar en algún sitio: nadie sabe qué hacer contigo, pero todos quieren hacer algo porque les incomodas, así que te esconden debajo de la alfombra. Pero un día desperté y el mundo se estaba incendiando, entonces supe que, por primera vez, estaba hecho a mi medida. Ya no tendría que salir al exterior que tan hostil había sido conmigo. Por fin me libraría del exceso de estímulos que con sus ruidos y brillos me hacían explotar la cabeza. No tendría que juntar hasta el último pedazo de autocontrol para fingir ser normal ante los demás, a riesgo de que cualquier gesto delatare mi extrañeza. Por eso, mientras el fuego lamía las paredes de mi hogar, lo que yo sentía era la calidez de un mundo que me daba otra oportunidad. Podía encerrarme en casa, en mi espacio, sin ser juzgada, porque al fin tenía un pretexto socialmente aceptable bajo el cual escudarme. Podía dedicarme a mis intereses, libros, y juegos. Sería libre para mantener una rutina tan metódica y rígida como quisiera. Acá sería la dichosa reina que mastica despacio para saborear bien su placer culposo, porque ahora podría disfrutar de ropas holgadas y cómodas al tacto y jamás tener que usar zapatos. Sueño, ejercicio, comida, quehaceres y hobbies tendrían cada uno su tiempo y manera de hacerse. Todo acomodado a mi gusto. Tenía la universidad al alcance de

unos clics —esto es importante—. Antes, una crisis significaba quedarme en cama, perder mis clases, retrasarme en el contenido y, cuando volvía a tener las energías para regresar, sucumbía ante el peso del material acumulado. Ahora, en este mundo en llamas, una crisis es quedarme en cama, encender el computador y asistir a clases. Mis consultas puedo hacerlas por escrito y, en el peor de los casos, puedo ver las grabaciones de respaldo. Tras años de cambios de carrera, semestres congelados y autoestima destruida, me descubrí progresando. Resultó que podía avanzar sin tener que moverme y que siempre había podido, pero las condiciones nunca habían sido favorables ni pensadas para alguien como yo. En casa, gobierno mi espacio y, al hacerlo, gobernar la mente y el cuerpo vienen por sí solos. Pero ¿cómo puedo ser tan feliz entre tanta muerte? La gente está muriendo, está enfermando, está con hambre y todas las violencias preexistentes se acrecientan durante la pandemia. Entonces el pudor me

***Cuando se habla de regresar a la normalidad, me paraliza. La posible pérdida me acecha y no estoy lista para volver a esconderme, porque es en el exterior donde debo hacerlo, no aquí dentro***

vence: me achico, callo y escucho. Ni siquiera encajo con los marginados. No me alegra nada todo esto, ahora soy yo quien pasó de incomodar a sentirse incómoda. Si tan solo estas condiciones se hubiesen dado de manera distinta. Si desde siempre me hubiesen dado las facilidades

para estudiar y trabajar desde casa, no hubiera tenido que gastar todos mis esfuerzos en desafiar los obstáculos de mi diferencia. Es fácil pedirme que me esfuerce más en adaptarme. Y, de paso, por qué no, que soplo al sol hasta apagarlo. Pero la realidad no puede ser simplificada a una cuestión de voluntad. Es la sociedad la que debería adecuarse a las necesidades de los individuos y no al revés. Sin embargo, he sido yo quien se ha visto forzada a hacerlo y, ahora que ardemos juntas, quizás esta sociedad me escuche. Todas las personas merecen nacer en un ambiente que les permita desenvolverse sanamente. Por eso, cuando se habla de regresar a la normalidad, me paraliza. La posible pérdida me acecha y no estoy lista para volver a esconderme, porque es en el exterior donde debo hacerlo, no aquí dentro. Tampoco sé de dónde viene esa obsesión con retroceder al pasado. No existe ningún pasado utópico en el que refugiarse, hay un presente caótico y soluciones que se encuentran adelante. La incertidumbre me angustia porque pido mucho. Abrazo la casita cariñosa, deambulo por sus habitaciones, temo una despedida. Esta me acoge, sabe que mi fuego no traiciona sus murallas. Siento ansiedad ante la puerta entreabierta, del otro lado el calor se disipa. Necesito saber que la pandemia terminará, pero también, que las acomodaciones hechas permanecerán como una alternativa válida. Fantaseo con que la fortuna caiga a mi favor. Jamás funcionaré como la mayoría, ni siquiera dentro de este espacio, pero ahora puedo hacer y ser mucho más de lo que antes suponía. ¿Podrá haber un futuro en donde yo —que soy nadie— pueda pasar a ser alguien y ser feliz al mismo tiempo que los demás?



# Dos poemas en las murallas de Nadie

## Pandora

Mi casa se llama Pandora  
Está llena de gritos del pasado  
Que lloran con la garganta rota  
Mantiene el sabor de días amargos  
Y todavía quedan las malditas sombras  
Del demonio que nunca fue arrancado

Mi casa se llama Pandora  
Porque en ella vive el caos  
Bajo su ley nos controla  
Domina mi mente sin tacto  
Y mi corazón devora

Mi casa se llama Pandora  
En ella pasea la Envidia  
Y el Orgullo se sienta a la mesa  
De vez en cuando se escucha a la Avaricia  
Y la Lujuria está presa en mi pieza  
Bajo los brazos de Pereza  
La Ira avanza golpeando paredes  
Y la Gula se atraganta con heces

Mi casa se llama Pandora  
Y todo lentamente deteriora  
De pura maldad se desborda  
Mi nido puse aquí en mala hora  
Condenada sea Pandora  
Aunque a la asustada esperanza esconda  
No vale el dolor, mi alma llora  
Si tan solo hubiera otra

Mi casa se llama Pandora  
Cada tres días tenemos tormenta  
A veces cae agua, a veces caen rocas  
A veces sangre espesa o tinta negra

Mi casa se llama Pandora  
Y la única llave está rota.



## Somos el reflejo de Astaire

En estas murallas de Nadie  
Se agota cada suspiro de aire  
El hombre enjaulado de alas rotas  
No sabe de amor, no le brota  
Agua sucia, cielo negro, tierra privada  
Trabajamos con las cadenas pegadas  
Nuestro cuerpo enferma y el alma sangra

El laberinto ahora tiene techo  
Y cadenas me amarran al suelo

Los fantasmas de víctimas anteriores  
Llenan cada uno de los rincones  
Vueltas compulsivas da la bestia  
Por todas las habitaciones  
A cada paso grita con todas sus voces  
Basta de murallas que se cierran

El laberinto ahora tiene techo  
Y mis puños no pueden contra el suelo

No quiero ser el ave de garganta rota  
Ni el Minotauro de muerte pronta  
Condenadas sean las murallas rojas  
Por su culpa la poesía me abandona  
Me desangro llorando por mis derrotas

El laberinto ahora tiene techo  
Y no se puede cavar en este suelo.

Sebastián Duarte Rojas

# Imposible salir del castillo

La literatura gótica ha estado fascinada con la idea del encierro en castillos y casas desde hace siglos. El presente ensayo sugiere que este recurso narrativo no ha muerto, solo ha mutado.

## Los castillos son cosas del pasado

No es casual que la novela gótica haya nacido en el siglo XVIII, cuando la ilustración imponía su creencia en el progreso, la ciencia y la razón. La palabra “gótico” deriva de “godo” y alude a todo aquello a lo que el pensamiento ilustrado se opone: lo medieval, lo oscuro y, en especial, el pasado. Es por eso que la literatura gótica suele hablar de un pasado que no muere y nos persigue, un pasado monstruoso, un pasado fantasma.

Horace Walpole es considerado el fundador del género con *El castillo de Otranto* (1764), que desde su título establece un espacio central para el gótico: el castillo, un lugar enorme, lleno de pasillos y puertas, laberíntico, casi inescapable cuando el peligro escondido en su interior se hace evidente. En esta novela, el castillo es atacado por un fantasma que busca devolverle la propiedad a su legítimo dueño. Sin embargo, el verdadero peligro no proviene de él, sino que del actual propietario, Manfred, quien intenta casarse por la fuerza con la prometida de su hijo muerto. El escape de Isabella por ese edificio que creyó seguro, pero que resultó ser un peligroso laberinto, se convirtió en una escena clásica del género.

Junto a las historias de fantasmas, una de las temáticas góticas por excelencia es el vampirismo, otra

manifestación del pasado que no muere. En *Carmilla* (1872) de Sheridan Le Fanu, el castillo es el hogar de Laura. Esta joven recibe una visita de Carmilla, quien finge estar en peligro para seducirla mientras asesina a otras mujeres en el pueblo sin que Laura sepa. Más tarde, Bram Stoker invirtió esta relación en *Drácula* (1897), novela en que el vampiro es el anfitrión y Jonathan Harker llega al castillo creyendo que solo va por un negocio, sin darse cuenta del peligro hasta que ya está atrapado y debe escapar.

Con el tiempo el castillo dejó de ser la ambientación de moda, pero, como dice Aurora Piñeiro en *El gótico y su legado en el terror* (2017), las obras de este género aún transcurren en “espacios cerrados y claustrofóbicos que, sin ser castillos medievales, siguen siendo prisiones físicas y/o psicológicas del pasado”. De este modo, el castillo se ha convertido en convento, ciudad sobrepoblada, pueblo rural, hotel, escuela, barco, nave espacial, etc.; hasta puede no ser un lugar físico, sino que mental o incluso virtual. Sin embargo, la evolución más directa del castillo del gótico temprano es el espacio habitable por excelencia: la casa.

## Toda casa está llena de fantasmas

El cuento de fantasmas es una tradición oral, que luego entró a la escritura con autores como M. R. James, Algernon Blackwood, el ya mencionado Le Fanu o Edith Warton, quienes instalaron el tropo de la casa embrujada en la literatura gótica.

Una de las grandes novelas de fantasmas es *Otra vuelta de tuerca* (1898) de Henry James, en la que una joven

institutriz llega a la mansión Bly para educar a Miles y Flora tras la muerte de sus padres. La institutriz ve a dos personas muertas que solían trabajar en la casa e intenta proteger a sus estudiantes, pero su narración no es fiable y al final no se sabe si la muerte de Miles fue obra de un fantasma o de ella. Esta obra asentó la relación entre la casa embrujada y las dudas sobre la cordura de los personajes, ya que su mayor acierto reside en esa incertidumbre.

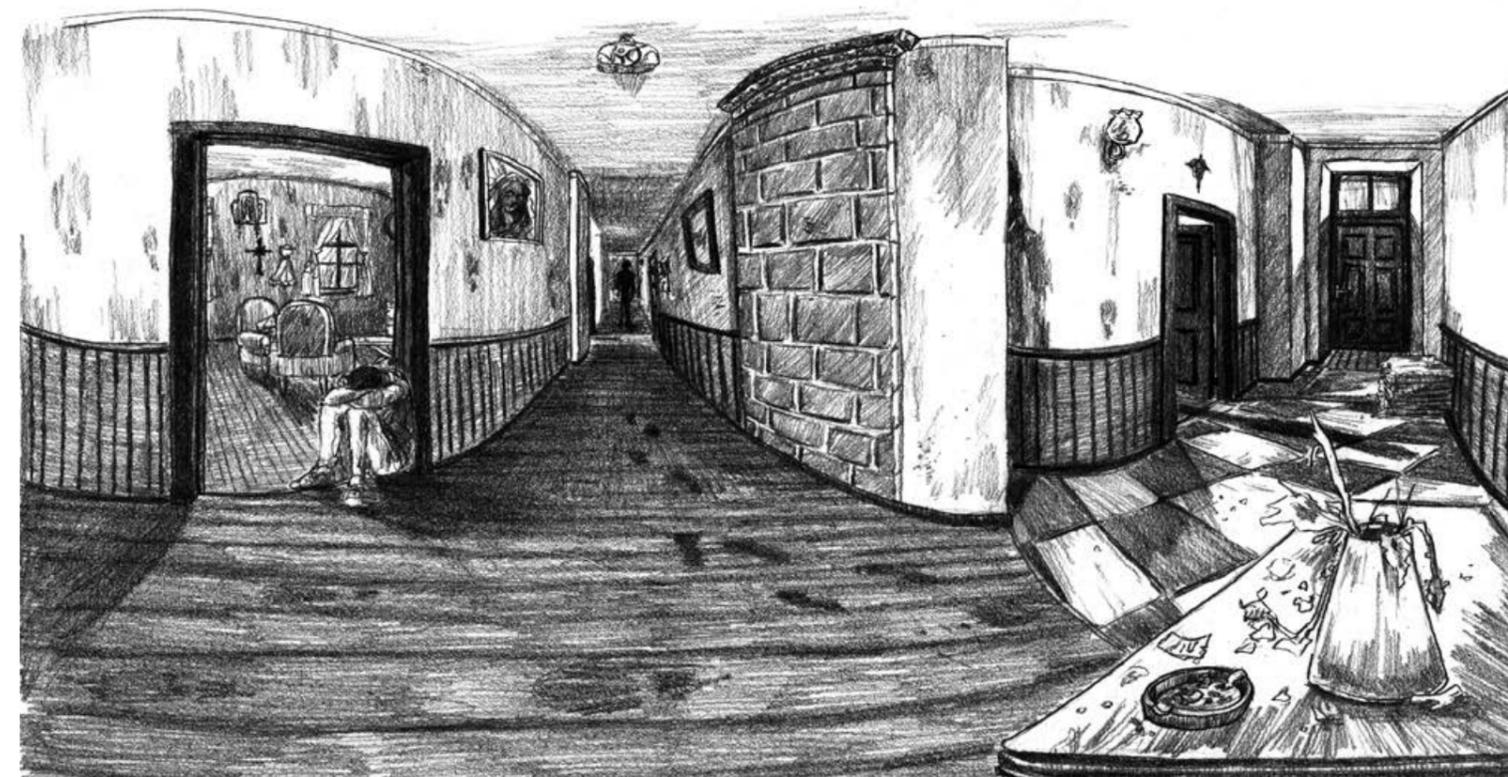
En la misma línea, *La maldición de Hill House* (1959) de Shirley Jackson pone en duda la percepción de Eleanor cuando es invitada a una supuesta casa embrujada para probar si allí realmente ocurren hechos sobrenaturales. Como el lugar parece afectar su salud, Eleanor es expulsada por el resto del grupo; sin embargo, en lugar de salir, de volver a su desmoronada vida anterior, ella opta por el suicidio. De este modo, haya estado embrujada o no la casa al principio de la novela, definitivamente queda embrujada al final por el fantasma de la protagonista.

En uno y otro caso, estas obras culminan con la imposibilidad de que alguno de sus personajes alcance la salida, porque un fantasma es un ser que quedó atrapado, muchas veces en su propio hogar y, en ocasiones, para siempre.

***La casa, sin importar su tamaño ni cuánta seguridad prometa, puede ser un lugar peligroso, difícil de escapar y habitado por fantasmas***

## Como nuestros castillos, nuestras casas

En Latinoamérica no hay castillos medievales, pero sí hay grandes construcciones aristocráticas, como mansiones y casas patronales, que han servido de equivalente en el gótico local. En *El obscuro pájaro de la noche* (1970) de José Donoso, el Mudito es atrapado en dos de esos lugares por don Jerónimo de Azcoitia: en una



de sus propiedades convertida en casa de reposo para sirvientas ancianas y niñas huérfanas en la Chimba, llena de zonas tapiadas y estatuas rotas, y en la Rinconada, una casona convertida en ciudad privada para que Boy, el hijo deforme del patrón, no conozca el exterior ni su propia diferencia, rodeado solo por gente como él y por el Mudito, quien es visto como el monstruo del lugar.

La llegada de las dictaduras latinoamericanas no solo trajo nuevos horrores, sino que también creó un nuevo tipo de casa embrujada. Esto se puede evidenciar en *El Palacio de la Risa* (1995) de Germán Marín, una novela que yo llamaría gótica, a pesar de su realismo autobiográfico, en que el narrador es perseguido por sus recuerdos de Villa Grimaldi. Él conoce esta casa cuando es de uno de sus compañeros del colegio, luego la visita convertida en discoteca y, ya en el exilio, recibe noticias de su funcionamiento como centro de tortura; debido a esto, al volver a Chile siente la necesidad de reconstruir su historia y visitarla para cerrar el ciclo, para por fin salir de ella.

Desde el contexto posdictatorial, Mariana Enríquez ha explorado esa casa embrujada de tintes políticos en dos relatos de *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016). En “La Hostería” se cuenta la historia de dos adolescentes que se meten de noche a un hotel que fue una escuela de policías durante la dictadura argentina, donde las jóvenes son espantadas por luces de autos, pasos que se acercan y gritos provenientes del pasado. De modo similar, en “La casa de Adela”, luego rearticulado en *Nuestra parte de noche* (2019), se habla de una chica

sin un brazo que es atraída por una extraña casa de su barrio, una casa que la hace desaparecer en su interior.

Desde otra temática política, Mónica Ojeda ha reinterpretado la casa embrujada a partir de las críticas actuales contra la violencia patriarcal en su libro *Las voladoras* (2020). En el cuento “Cabeza voladora”, la protagonista queda marcada por el momento en que su vecino de al lado decapita a su propia hija y patea la cabeza hasta hacerla caer en su jardín. Tras la detención del hombre, ella quiere salir, alejarse de ahí, pero es acosada por periodistas y no logra volver a su rutina, de modo que se encierra. Luego el cuento incorpora la leyenda andina de las *umas*, brujas cuyas cabezas vuelan de noche (solo brujas, no brujos, a diferencia de la figura del chonchón en Chile), y al final la protagonista se convierte, no por la mano de un hombre, sino que por ayuda de otras mujeres, en una cabeza que sale volando de su casa.

Estas son algunas de las formas en que los espacios de encierro han marcado la literatura gótica, una tradición que gana especial relevancia en este momento en que gran parte de la vida se pasa al interior del hogar. Estas obras nos recuerdan que la casa, sin importar su tamaño ni cuánta seguridad prometa, puede ser un lugar peligroso, difícil de escapar y habitado por fantasmas; que las fronteras entre el pasado y el presente, al igual que entre el espacio público y privado, son borrosas; y que, como dice el título de otra novela de Shirley Jackson, siempre hemos vivido en el castillo.

Antonia del Mar Riquelme

# Sign Language

Sus caminos nunca se hubieran unido  
Cuando los besos eran intercambiables  
Dados a desconocidos, su calor luego  
Se esfumaba, dejando el cuerpo  
Frío y entumecido

Cuando se recordaban a sí mismos  
Que la edad de aleteos de mariposas  
En el estómago se había desvanecido

Un día el tiempo retrocedió  
Y sus palabras se encontraron  
Reunidas por el azar

Tímidas al comienzo,  
Se transformaron en caricias  
El único tacto en la soledad  
Hasta el día de su encuentro

Ahora son amantes del siglo diecinueve  
Ella esconde su vergüenza tras una máscara bermellón  
Él se pregunta por la forma de sus labios  
Los labios que no debe tocar  
Sabe que besarla sería una condena

El alcohol se derrama por sus manos  
Y entrelazan sus dedos en silencio  
*And palm to palm is holy palmers' kiss.*

Alejandra Costamagna

# Hay vida allá afuera

**Bitácora que recorre un año de pandemia y deja entrever sucesos históricos, cercanos e íntimos, aunque al final el tiempo resulte no ser más que un círculo.**

Algo pasó, un frío en la mañana, Una sandía ya harinosa, la necesidad del chalequito de noche, algo hizo que la silueta de marzo asomara con fuerza antipática los últimos días de febrero. La desazón que nos provocaba el fin del verano era apenas una molestia. No sabíamos las garras que escondía marzo.

\*\*\*

Donde dice “encierro” debe decir “entierro”.

\*\*\*

El ronquido de la gata reemplaza al rumor que llegaba los sábados desde el bar de la esquina. “Parece que hasta los pájaros se hubieran ido”, dice J por teléfono. Desde su ventana podía ver, cada tarde, a los manifestantes que se agolpaban en la Plaza. Y de repente ya no están. Si afináramos el oído podríamos escuchar el deshoje de los árboles.

\*\*\*

Enchufa los audífonos en el computador para oír, gota a gota, el ruido de mi cabeza.

\*\*\*

Dice Alfredo Jaar: “Mi cerebro no logra entender lo que mis ojos ven”.

\*\*\*

Salgo a caminar con guantes y mascarilla. Permiso: compras de insumos básicos. No compro nada. El insumo básico es caminar, mirar. Dice Rebeca Solnit que caminar es el estado en el que la mente, el cuerpo y el mundo están alineados. Me maravillan las hojas de los liquidámbares, las buganvillas que se esmeran en trepar, una flor suelta en la vereda, batallando por sobrevivir: ese acto de porfía de la naturaleza, que sigue un curso paralelo. Todo me parece brillante y como recién hecho: los surcos de la montaña allá al fondo, la luz del invierno colándose entre las nubes, el cemento de un gris tormenta. Arre, hermosa vida, diría Hebe Uhart.

\*\*\*

El ruido del taladro me recuerda que hay vida allá afuera, allá en el piso de abajo al menos.

\*\*\*

Dice Valentina Buló: “Hay filosofía a la que yo me he aferrado por sobrevivencia en esta época, como la de Epicuro, que dice que podemos encontrar infinitos placeres en lo mínimo. Que aunque puedes estar encerrado en un lugar de pocos metros, aun así puedes lograr encontrar matices de placer en cosas muy pequeñas”.

\*\*\*

Es una invasión silenciosa: motas de polvo y pelos que se reproducen de un día para otro y se instalan debajo de la escalera, detrás de las puertas, en las esquinas, en la mitad del pasillo, como miembros de una tropa inútil.

\*\*\*

En la mañana cambio la mesa de lugar para acercarla a la luz del balcón. Voy corriéndola hora a hora, con el movimiento del sol. Entran por la ventana los rayitos tímidos del invierno, el vuelo de los tuiques, el rumor de una calle que de a poco va quebrando el silencio. En la noche volvemos a cacerolear en los balcones. Casi tan fuerte como ese antiguo octubre que asoma otra vez en el horizonte. El latido de un corazón metálico. Un corazón a punto de estallar. La sensación de que hemos vuelto a despertar de la anestesia que nos paralizó en marzo.

\*\*\*

Donde dice "hambre" debe decir "hambre".

\*\*\*

J dice que hoy empieza agosto, el mes de los zorros locos. Recuerda que en Ovalle, donde nació, en agosto aullaban los lobos y ella moría de terror. Le pido que imite el sonido de un zorro: "¡Guac, guac!", ¿aúlla? al otro lado del teléfono.

\*\*\*

La alegría de hoy fue encontrar corchetes en un cajón. Estaba empezando a doblar las páginas en vez de corchetearlas, porque solo me quedaban diez o veinte en el aparatito. Y las dos veces que fui a la librería, con permiso especial para trámites bancarios, había una fila demasiado larga y me agobiaba la idea de llegar a limpiar la cajita con alcohol para dejarla tres días al sol e incluso así usar los corchetes con desconfianza, como si el virus fuera a llegar a través de ese pequeño broche clavado en una hoja.

\*\*\*

El metal gastado de la voz de Salvador Allende sigue entrando por la ventana de este viernes 11 de septiembre en que los helicópteros sobrevuelan la ciudad y nuevamente tendremos toque de queda.

\*\*\*

Salgo sin permiso. Donde antes había un bar, ahora hay una farmacia. Donde antes había una zapatería, ahora hay una funeraria. Paso delante de la casa de Yolanda Sultana. La recuerdo en plaza Ñuñoa durante la revuelta que ya va a cumplir un año. Pienso si estará viva, si estará sana, si estará adivinando el futuro. Veo una luz adentro de la casa. Me asomo. Veo a cuatro mujeres reunidas alrededor de una mesa. Una de ellas levanta el brazo y me hace "chao" con la mano. Me sonrío. La miro bien. Es Yolanda Sultana. La saludo de vuelta con un entusiasmo infantil. Me dan ganas de entrar y sentarme con ellas a ver el futuro. Cuando llego a la casa la googleo; aún me parece milagroso el encuentro. Se me ocurre que puede haber sido un fantasma, una aparición. Que a lo mejor saludé a una sombra. Me encuentro con una noticia de hace poco más de un mes: "Yolanda Sultana perdió al amor de su vida: su pareja por 35 años falleció por posible coronavirus".

\*\*\*

Escucho en la radio que un carabinero lanzó a un manifestante de 16 años al Mapocho desde el puente Pío Nono. La imagen de los cuerpos flotando en el río durante la dictadura despierta otra vez. El video que circulaba en los 80 con el llanto de una mujer frente a los cadáveres en la orilla. Su lamento: "Más de 60 años tengo, pero nunca vi cosa igual. ¡Tanto huacho que está quedando, tanto hijo sin padre!".

\*\*\*

J dice que en pedacitos una no le sirve a nadie.

\*\*\*

Hoy volvimos a las calles, a retomar lo que habíamos iniciado un año antes. Recuerdo haber pensado, mientras miraba las banderas flameando desde los balcones de los edificios cercanos a la Plaza, que el silencio ocultaba un rumor afinado en el balbuceo de la incertidumbre. Que éramos las mismas personas, sólo que ahora usábamos mascarillas y veníamos pálidas de encierro y aún seguíamos con toque de queda. Y queríamos abrazarnos, pero nos saludábamos con las cejas o con el codo o con la pura sonrisa que imaginábamos debajo de la mascarilla. Queríamos convertir la rabia y la pena en remolinos de memoria.

\*\*\*

Algo pasó, algo que sigue escribiéndose en el ramaje de un tiempo sin tiempo.





Entre letras y personas.



Celinda Tapia Solar

# El reloj

**Un matrimonio de ancianos convive en una casa llena de objetos y silencios en la que se quedan cada vez más solos.**

El tío Arcides coleccionaba relojes, los tenía por toda la casa. Le gustaba desarmarlos, limpiarlos y colgarlos. Algunos no tenían pila, pero su función iba más allá de indicar el tiempo. Cuando alguno le gustaba mucho, lo dejaba frente a su cama y lo adelantaba diez minutos, siempre diez minutos, porque le gustaban los números pares y sentía que el diez le daba buena suerte.

Había uno en particular al que le tenía mucho cariño, uno de cuerda que había sido de su abuelo y que su esposa odiaba. Cada vez que lo escucho, siento que me voy a morir, le decía, es como el sonido del juicio final. Pero él no lo quitaba; era el reloj que había dejado por más tiempo frente a la cama.

El tío Arcides sentía devoción hacia lo antiguo. Cuando las cosas se echaban a perder, no las botaba, las intentaba arreglar y volver a usar. Los objetos se tiraban cuando ya estaban completamente destruidos. A pesar de esto, su casa no era fea; parecía más un museo que una casa y eso le daba cierta extravagancia. En la sala de estar tenía dos siales de caoba que habían sido de su mamá; estaban desgastados, pero él los barnizaba cada año. Como nunca tuvieron hijos, no se preocupaban mucho por los chiches esparcidos en las mesitas y las alfombras, que disminuían el espacio por su llamativo estampado del siglo dieciséis, ya estaban desteñidas.

El tío trabajaba en una fábrica de muebles, era el encargado de pulir y barnizar. Se levantaba de lunes a sábado a las cinco de la mañana, a las cinco diez preparaba su bolso y se servía una taza de café, a las cinco veinte abría el portón y a las cinco y media ya estaba saliendo en su Peugeot 504. Por el adelanto de los relojes, sin darse cuenta, salía a las cinco veinte. Le

gustaba la puntualidad y el orden; no le contestaba el celular a su esposa mientras manejaba, pero diez minutos después, cuando se detenía, devolvía la llamada, que por lo general era para saber a qué hora llegaría o si tenía problemas al volver, porque la fábrica estaba a una hora y media de la casa. Cuando quedaba en pana, lo que era usual, llegaba a las nueve, diez o incluso once.

Después de entrar, dejaba su bolso al lado de la puerta, se lavaba las manos y le daba un beso a su esposa. Ella le preguntaba por su día y si había tenido problemas en la fábrica, esperando que al fin le dijera algo; él se limitaba a decir que todo había estado en orden y que estaba cansado. Pero en realidad nunca estaba cansado: disfrutaba su trabajo, le gustaban los muebles, le gustaba sentir que era útil. Le gustaba, también, salir de casa.

Entonces la tía enfermó.

Él se quedó con ella desde el principio, le hacía sopas y se encargaba de acompañarla al baño. Todas las tardes llamaba a la fábrica dando explicaciones. Su jefe lo tranquilizaba diciéndole que todo estaba bien, que podían conseguir un reemplazante. Tómame todo el tiempo que necesites, le decía. Pero el tío le contaba a ella que lo necesitaban, que no podía estar mucho tiempo en la casa, porque los muebles no se iban a entregar sin él. Ella lo miraba, sabía que le mentía. Pero haz algo acá en la casa, puedes desarmar las cajas que aún tienes en el patio, le decía. No quería que la dejara. No quería morir sola. Él se quedaba en silencio, lo recuerdo bien, porque yo estaba sentado a los pies de la cama, leyendo un libro mientras la tía me pedía con sus ojos que le dijera algo que lo hiciera quedarse.

Esa noche me fui tarde, porque me tomé un tazón de té con cedrón que el tío había preparado. No me habló mucho: me preguntó cómo estaba, cómo me iba en el trabajo, pero yo solo le contaba lo necesario, sabía que preguntaba por cortesía. Al llegar a la

casa, recibí una llamada. La Anita se nos fue, me dijo llorando. Yo lloré, pero no porque él lo hacía, ni tampoco por ella; lloré por su muerte, lloré porque murió frente al reloj que siempre quiso que el tío quitara.

Su velorio fue parco. Había poca gente, estaba el tío, unas hermanas de ella, mi esposa y mis hijas. Él no lloraba, estaba sentado al lado del cajón, tenía la vista fija en el sitio de ella. Me acerqué muchas veces a preguntarle si quería algo, si tenía frío, pero él solo movía la cabeza para rechazar lo que le ofrecía. Nos quedamos toda la noche. Mis hijas durmieron en la pieza de mis tíos, en un sillón que estaba junto a la ventana, porque no quisieron acercarse a la cama. Nosotros nos quedamos con él, acompañándolo en silencio. Después fui a dejar a mi familia a la casa y volví a la del tío. Cuando llegué, no estaba en la sala, sino que moviendo unas cajas en el patio. Le pregunté qué hacía. La Anita siempre me pide que saque las cajas de acá, la tiene aburrída tanto desorden, me dijo.

Hice todo lo posible para hacerle entender que la tía había muerto, que había que llevarla al cementerio, pero solo me sonreía y decía que no jugara con esas cosas. Después me preguntó si acaso podía sacar el reloj a cuerda de su pieza. No le dije nada, pensé que quizá era su forma de asimilar el duelo. Más tarde me contó que su jefe lo había llamado para darle el pésame y decirle que podía tomarse un tiempo, que no era imprescindible en la fábrica. Nunca lo dejó volver. A la tía la llevamos al cementerio a las dos de la tarde. El tío no habló, tampoco lloró, caminó lo que tenía que caminar y, cuando lo fuimos a dejar a la casa, nos dio las gracias y se bajó. Ya había vuelto a la razón. Con mi esposa nos miramos y me dijo que no lo dejara solo. Ella se llevó el auto y me quedé con la intención de pasar la noche ahí.

Entré y dejé mi chaqueta al lado del bolso del tío, que seguía ahí desde hace dos meses. Estaba sentado en su sitio con una taza vacía en las manos. Tengo miedo, me dijo. De qué, le pregunté.

De morir acá.





Paula Ilabaca Núñez

# las situaciones del hastío

una casa llena de tedio el sinsentido  
 arrebuñado en el comedor no poder más  
 la repetición como búsqueda del letargo y  
 posterior descanso en el hastío hay solo  
 inercia y tedio hay que balbucear dentro de la  
 casa lo pulcro es el querer la necesidad de

*Oh this uncertainty  
 is taking me over.*  
 Portishead

## números

buenas tardes  
 la hora exacta  
 dos dieciséis  
 la temperatura  
 veintiocho grados  
 gracias por llamar  
 buenas tardes  
 la hora exacta  
 dos dieciséis  
 la temperatura  
 veintiocho grados  
 gracias por llamar  
 buenas tardes  
 la hora exacta  
 dos dieciséis  
 la temperatura  
 veintiocho grados  
 gracias por llamar  
 buenas tardes  
 la hora exacta  
 dos diecisiete  
 la temperatura  
 veintiocho grados  
 gracias por

**día 4**

declina no levantes  
hacia arriba  
no  
funciona el interrogado  
cuando tuve  
me tapé los huecos  
sola nunca miré  
hacia arriba  
el suelo declina el suelo  
recibía aún  
todos los signos  
en silencio para poder  
entregar solo  
para poder entregar  
todos los signos  
en silencio  
al suelo no levantes  
declina solo declina

**día 2**

esta vez solo  
esta vez

**día 12**

lleva sangrando doce  
días completos hervidos  
sienta la mano en la mesa  
callada  
mira derrumbarse estirpes  
colgadas en células mira  
resbala su vez en la entre  
pierna las lepras  
yo tuve balbucea yo tu  
ve tantas ganas de ser  
otra carencia erguida otra  
mancha el piso ríe  
todo por algo mancha tiritita  
articula voces de susto  
las murallas son bellas rocas  
restriega el rostro  
en el ladrillo di

yo tuve la faz  
tan clara di  
ahora enjuta saliva ordena  
partes tan claras yo  
creo estas  
manos antes  
frescas son  
asesinas al  
cuerpo no  
hay más  
que

**día 6**

el ascensor otra  
vez  
el ascensor

**día 8**

los ídolos cómo caen  
por la casa  
hacia el torso  
él llama por teléfono  
los ídolos qué hacer los ídolos  
emergen de sus cristales  
y caen  
hacia el torso  
enero es tan grato  
el teléfono  
qué hacer  
reverberan tanto los ídolos  
esta casa tiembla  
el teléfono  
hacia el torso  
enero cae hacia el torso

**día 10**

el baño  
la loza engendra lo sé  
la loza inmaculada  
es egoísta y lo busco  
no hay lo busco no hay  
alrededor aparecen y él

**día 5**

quiero saber  
cómo  
construirlo

**día 9**

las situaciones del hastío  
arden  
esta casa resulta limpia  
a pesar  
un baño enorme  
sostiene los flujos  
de ciertos  
la casa y los corredores  
el pasillo de agosto  
con sus lamentos agrios  
el sinsentido  
arrebujado en el comedor  
esta casa resulta limpia  
el estruendo del baño  
pulcro de azulejos  
y su piso  
frío

sostiene los flujos  
cierta vez solo cierta vez  
después del pasillo de agosto  
el baño henchido  
amortiguó los gritos  
de esta casa el estruendo  
del baño pulcro  
en él  
las situaciones del hastío  
arden  
de ciertos agrios  
a pesar y sus lamentos  
pulcro todo pulcro



Traducción

# Emily Elizabeth Dickinson

Traducido por Susana Aliaga

## Ghosts

One need not be a chamber to be haunted,  
One need not be a house;  
The brain has corridors surpassing  
Material place.

Far safer, of a midnight meeting  
External ghost,  
Than an interior confronting  
That whiter host.

Far safer through an Abbey gallop,  
The stones achase,  
Than, moonless, one's own self encounter  
In lonesome place.

Ourself, behind ourself concealed,  
Should startle most;  
Assassin, hid in our apartment,  
Be horror's least.

The prudent carries a revolver,  
He bolts the door,  
O'erlooking a superior spectre  
More near.

## Espectros

No hay que ser una recámara para estar embrujada,  
No hay que ser una casa;  
La mente tiene pasillos que exceden  
Espacio material.

Más seguro encontrar a medianoche  
Un fantasma externo  
Que el interior que confronta  
A ese albo anfitrión.

Más seguro galopar por una Abadía  
Con piedras a la siga  
Que encontrarse a sí mismo, sin luna,  
En lugar solitario.

Una misma, escondida tras una misma,  
Debiera aterrar más;  
Un asesino, oculto en nuestra estancia,  
El menor de los horrores.

El prudente lleva un revólver,  
Asegura la puerta,  
Ignorando un altísimo espectro  
Más cerca.

Crítica literaria

## *Doris, vida mía* (Lumen, 2021)

Susana Aliaga

Son 183 cartas de Gabriela Mistral las que selecciona Daniela Schütte, investigadora y coordinadora de Memoria Chilena, para este nuevo epistolario que, a diferencia de *Niña Errante* (Lumen, 2009), solo recoge las cartas escritas por la poeta hacia su "Doris querida, Cara Doris, Doris Danita e incluso Doris, ¡no sé de quién!". Esto se debe a que, mientras la primera compilación se concentraba en la relación amorosa entre las dos mujeres, *Doris, vida mía* presenta una panorámica de la biografía de Gabriela Mistral y configura su relación con Doris como una parte fundamental de su vida privada, pero que se complementa con su agitada vida pública.

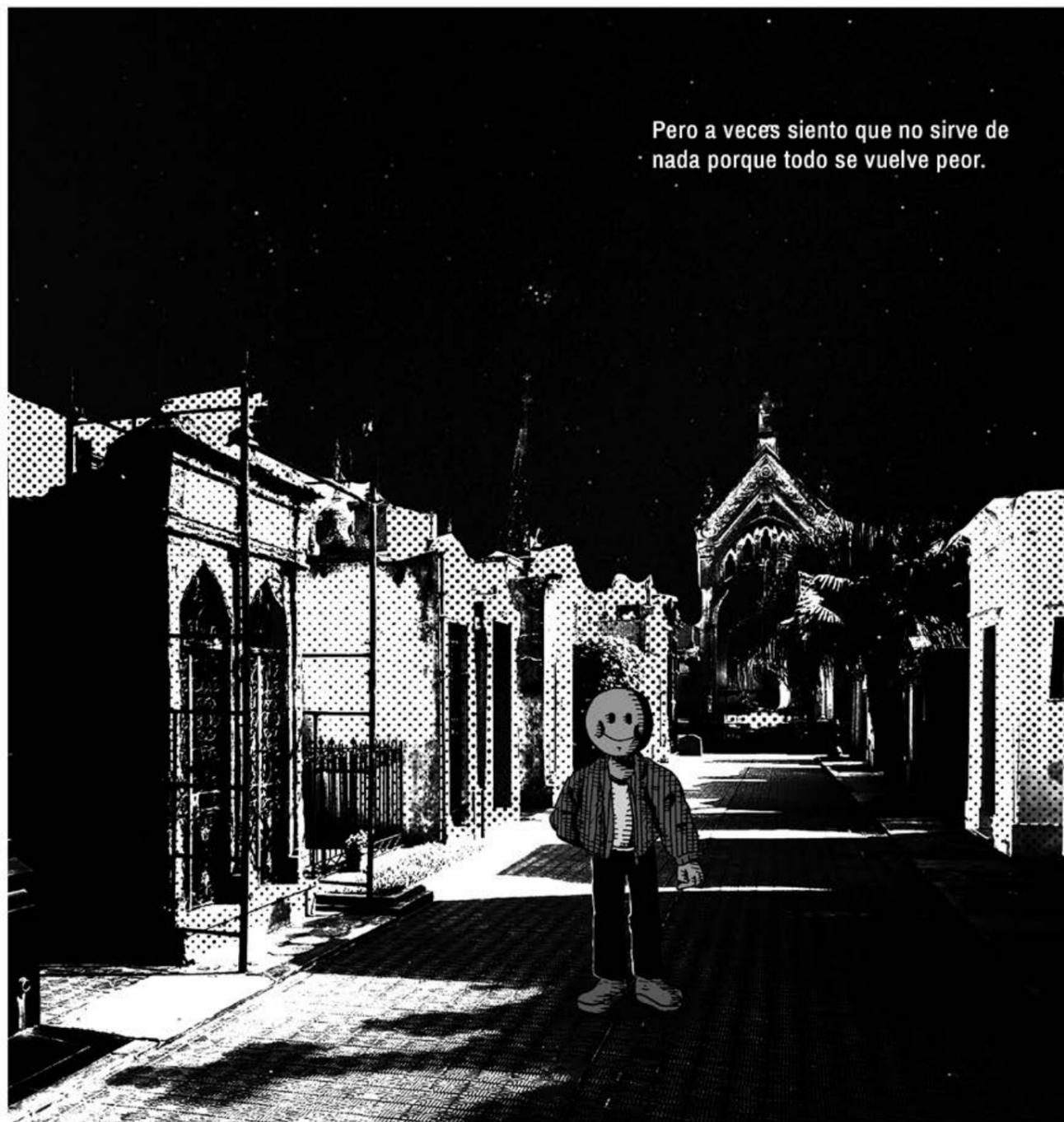
Como sostiene Alia Trabucco en el prólogo de este nuevo epistolario, la Mistral que se nos muestra a través de las cartas no es solo la Gabriela enamorada o la jefa de familia que quiere comprar una casa en un lugar con buen clima, asegurar su futuro y procurar que a su Doris no le falten libros, medicinas ni zapatos; también es la maestra extranjera que reconstruye el sistema educacional mexicano, la diplomática que no quiere volver a un Chile gobernado por Ibáñez del Campo y la intelectual que rechaza compromisos sociales porque sus complicaciones de salud no dan tregua.

A medida que la mensajería avanza, empiezan a surgir preguntas sobre si Doris corresponde realmente el amor que le profesa Gabriela, si el futuro que la poeta le propone es alcanzable o si las exigencias emocionales que le impone a su querida no bordean la violencia psicológica. A ratos, la lectura del libro se vuelve incómoda; es un ejercicio voyerista cuya moralidad nunca se resuelve, pero que no deja de ser cautivante. *Doris, vida mía* busca complejizar la representación instalada de Gabriela Mistral; aterrizar su genio creativo, reemplazar la imagen de la maestra abnegada de temple incomparable por la de una mujer apasionada, vehemente e intensa, para así otorgarle humanidad a la madre *queer* de la nación.

**Feliz – Vicente Campos** @smell\_like\_petrichor

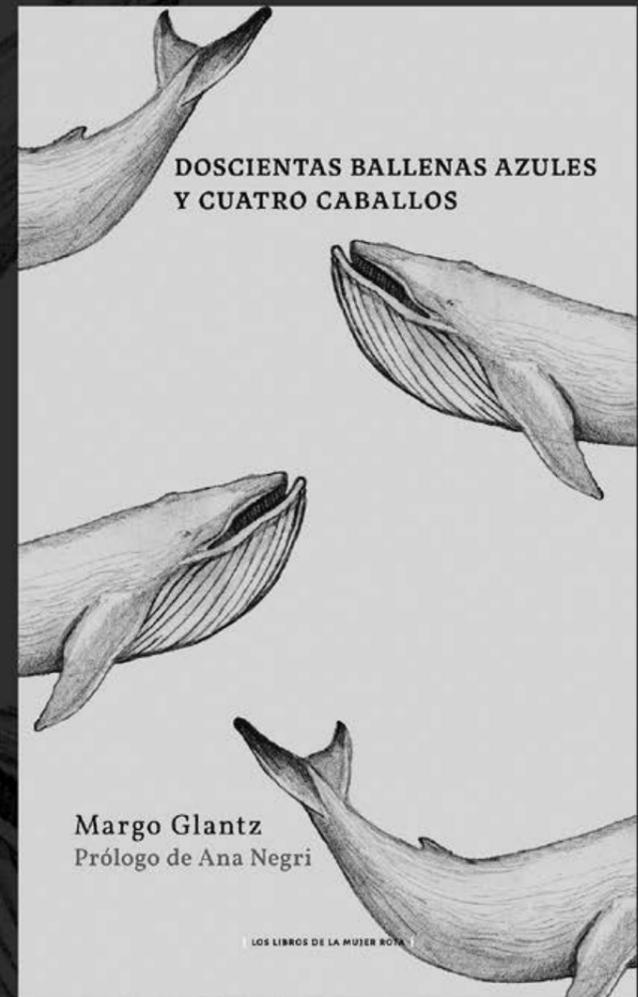
A veces siento que me pierdo en un laberinto de pensamientos buscando ser feliz.

Pero a veces siento que no sirve de nada porque todo se vuelve peor.

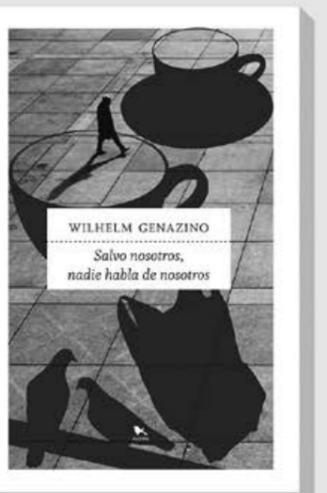
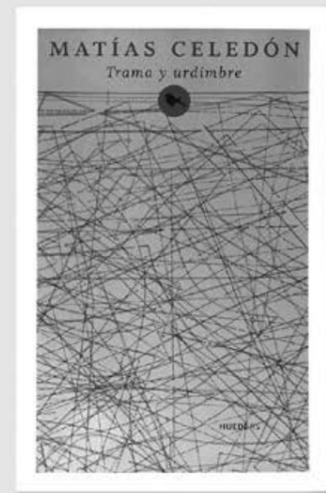


*“Un libro acerca de la extinción de las especies y también sobre la creación y la literatura”.*

—  
**Margo Glantz**  
(Ciudad de México, 1930)



ENCUÉNTRALOS EN [WWW.TIENDA.HUEDERS.CL](http://WWW.TIENDA.HUEDERS.CL) Y EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL PAÍS.



Grifo



udp